

I La hora de los testigos

José María Rodríguez Olaizola

Introducción: No hay estrategias

Id por todo el mundo y anunciad el evangelio! El grito sigue resonando. La llamada es clara. El evangelio es el mismo, y seguimos creyendo que es buena noticia. Los discípulos lo intentan. Pero el mundo, como siempre, como tantas veces, ha cambiado. Y un vino nuevo ha de echarse en odres nuevos. Por eso, a menudo, los evangelizadores miran perplejos a una sociedad en la que no encuentran demasiado cómodo y en la que parece que el personal se ha vuelto indiferente a la cuestión de Dios y sus posibles implicaciones en la vida cotidiana.

Sin embargo, urgidos por la conciencia de una misión y el deseo de compartir lo mejor que tienen, los discípulos que quieren ser ahora maestros siguen preguntándose: ¿Hay modos que funcionen mejor que otros? ¿Hay estrategias posibles? ¿Dónde ofrecen un *master* en evangelización? ¿Contamos con maestros que no solo nos ayuden a descubrir el evangelio, sino también nos enseñen a comprender el mundo, a ver si ambos elementos tienen encaje hoy?

¿No es este un planteamiento que suscita cierta frustración? No por pereza. Hay mucha voluntad de seguir siendo portadores de la buena noticia. Hay ganas. Hay pasión. Hay coraje. Y hay mucha gente buena intentándolo. Pero ¿de verdad tenemos que seguir buscando la fórmula de la evangelización contemporánea? ¿No suena un poco como el sueño medieval de los alquimistas buscando la piedra filosofal, o la leyenda artúrica de la espada clavada en la roca, que solo espera que alguien la extraiga para que finalmente podamos poner en marcha un Camelot de vino y rosas?

Vaya por delante una negación. No creo que el enfoque ante la evangelización contemporánea pueda ser el de las recetas. No sé si las hay. Yo no las tengo. ¿Recetas sobre qué hacer, cómo triunfar, qué metodología aplicar en esto de entrelazar evangelio y vida? Es demasiado ambicioso. Resulta como si fuéramos a intentar componer uno de esos discursos de emprendedores exitosos, médicos de la autoayuda personal, laboral o vocacional, que inmediatamente intentan convencerte de que si sigues sus pasos no hay

*El evangelio nos empuja
a mirar cara a cara las
grandes cuestiones de la
existencia: Dios, el
amor, el sufrimiento, la
muerte, el tiempo, o el
sentido de la vida.*

obstáculo que se interponga en tu marcha imparable hacia el éxito. Si este fuera el horizonte, bastaría con buscar contextos o experiencias que hoy funcionen en la pastoral, y tratar de extraer de ellas generalizaciones y aprendizajes. Pero me temo que pronto descubriríamos que lo que funciona en un lugar y en un tiempo no tiene por qué funcionar en otro, pues confluyen contextos, personas, y circunstancias que hacen que las cosas cambien. Con esta introducción, uno podría pensar que ya está terminado el artículo. No hay modos ni estrategias. Punto. ¿Final? Todavía no.

Lo que voy a intentar ofrecer en estas páginas es una reflexión que comparto con otros. Una reflexión sobre el presente, y sobre la vida. Y sobre cómo eso puede convertirse (o no) en una forma contemporánea de transmitir el evangelio.

Si es una buena noticia, ¿por qué no llega?

Partamos de una constatación. El evangelio puede ser una buena noticia. Lo es. También hoy. Para gente de toda condición. Porque en un mundo de mucha soledad, habla de encuentro. En un contexto donde el egoísmo se convierte en lógica que aísla a las personas y a los pueblos, la invitación al amor generoso y descentrado ofrece un camino mucho más abierto a la esperanza. En una sociedad que se ha conformado con la superficie, las fachadas y el cambio vertiginoso, el evangelio habla de la profundidad, las trastiendas de la vida, y la permanencia, y al hacerlo ofrece un suelo mucho más sólido para afrontar la vida. En un mundo mediático y virtual donde se multiplican los discursos vacíos, efímeros y sin historia, el evangelio habla con palabras que quieren resistir al paso del tiempo. En un ámbito de relaciones exigentes, donde el miedo a no gustar o al rechazo se convierte en losa para muchos, la mirada misericordiosa de un Dios que acoge la debilidad, es más que necesaria. En un espacio como el del mundo contemporáneo, en el que la desigualdad se convierte en motivo para la exclusión, y los pobres no tienen cabida en la ecuación del mundo global –ya hay quien habla de vidas sobrantes– el evangelio es un grito por la justicia y la liberación de los más frágiles. En un escenario como el nuestro, en el que la *post-verdad* define muy bien cómo se construyen los relatos al margen de la realidad, el evangelio trata de asomarse a la verdad más honda del ser humano. Y en medio de generaciones enteras que se están olvidando de hacerse preguntas, el evange-

lio nos empuja a mirar cara a cara a las grandes cuestiones de la existencia: Dios, el amor, el sufrimiento, la muerte, el tiempo, o el sentido de la vida.

Y si todo esto es así, ¿por qué está tan poco valorado? ¿Por qué tantas personas viven de espaldas, o en abierto enfrentamiento con el evangelio? Incluso personas que se declaran creyentes, sin embargo, prefieren una fe más difusa, menos concreta, más etérea, reducida a un “algo habrá”. ¿Qué está ocurriendo para que se haga tan difícil evangelizar? Porque no estamos en un territorio virgen e inexplorado, en el que las palabras del evangelio no hayan resonado nunca. No estamos ya en la época de los grandes descubrimientos, en que pueblos que jamás habían oído hablar de Jesucristo se encontraban con misioneros que les contaban, por vez primera, la buena noticia. Nuestra sociedad, laica en su definición y sus opciones, y a veces laicista en su militancia, es cristiana en su cultura y tradición. Los contenidos de nuestra historia sagrada, los iconos bíblicos, las parábolas evangélicas, impregnan la memoria colectiva. Monumentos religiosos llenan calles y museos. Grandes nombres de la historia de estos veinte siglos son los de hombres y mujeres de fe, que gracias a dicha fe hicieron avanzar ciencia, conocimiento o humanismo... Es verdad que también hay sombras y equivocaciones, y que, junto a aciertos notables, hay errores por los que la Iglesia ha tenido que pedir perdón. La realidad es compleja, llena de tonos intermedios y de matices. Sin embargo, a mucha gente el evangelio no le dice nada. Ni lo esperan, ni lo valoran, ni lo buscan. Y de la Iglesia, pues más bien a distancia, gracias.

Pero no es solo que el evangelio esté ausente de la vida de los no creyentes —o de los que no se definen como cristianos— ¿No hay, también, un evangelio adormecido en el interior de los cristianos? Un evangelio domesticado, convertido en inercia, que ya ni nos remueve, ni nos provoca, ni nos obliga a salir a la intemperie. Un evangelio gastado en frases hechas, en instituciones que se limitan a repetir lo de siempre, en roles que encajan, como una pieza más, en la gran maquinaria de esta sociedad de contrastes y trincheras. Un evangelio sepultado tras toneladas de libros, tradiciones, espiritualidades, cursos y cursillos. Un evangelio que se las ve y se las desea para conseguir remover algo de la estructura de nuestras parroquias, diócesis, congregaciones, esquemas, colegios, universidades y revistas, un evangelio que no consigue atravesar nuestras homilias o nuestras redes sociales... A veces por defecto y otras por exceso, porque de tanto manosearlo, citarlo y tergiversarlo nos hemos hecho inmunes a su significado verdadero.

¿Anunciar o vivir el evangelio?

Hay un requisito necesario, aunque quizás insuficiente, para plantearse la evangelización hoy. No valen los vendedores de humo. Es verdad que esto de los maestros que anuncian una cosa y viven la contraria no es nuevo. Ya les decía Jesús a sus discípulos, hablando de los maestros de la ley, eso de “Haced lo que dicen, pero no lo que hacen”. Probablemente el criterio de coherencia y autenticidad siempre haya sido necesario, pero es que hoy en día quizás la primera evangelización deba ser la de la vida de los agentes de pastoral. El evangelio tiene capacidad para transformar las vidas, para convertir los corazones de piedra en corazones de carne y para reorientar miradas y metas de forma que uno persiga, en sus días, un proyecto que es el Reino de Dios. Pero no valen las rentas, las medias tintas, las verdades sabidas y vagamente recordadas, o las frases hechas. El testigo del evangelio hoy tiene que ser alguien de verdad convencido de su valor, y alguien que se zambulla en su lógica. Eso no quiere decir seres perfectos, heroicos, únicos e inimitables. Pero sí quiere decir gente cuya vida se contrasta, a diario, con el evangelio, desde la fuerza y la debilidad propias. Por eso, la primera búsqueda, la primera pregunta, el primer paso, debería ser preguntarse, de verdad, qué evangelio vive uno. Y hay, al menos, tres enemigos del evangelio que hay que tratar de detectar.

a) El Evangelio sin amor no es Evangelio

El evangelio nos enseña una manera de relacionarnos. Nos enseña a mirarnos, a cuidarnos, a respetarnos. Nos propone una mirada sobre la creación y, en ella, de manera especial, sobre la humanidad. El prójimo es mi hermano. El amor, a la manera de Dios, es la mejor guía de las relaciones. Evidentemente esto no significa un mundo ideal de gente que se lleva estupendamente porque todos están a partir un piñón. Porque en la vida hay afinidades y distancias, amigos y enemigos, gente con la que estás de acuerdo y otros con los que no. Todo eso es humano y normal. Pero el verdadero reto es que el amor auténtico (mucho más que un sentimiento, una disposición al respeto, el reconocimiento y el bien del otro), se exprese en todas las relaciones.

A menudo, en la esfera pública, en las redes sociales, en los medios de comunicación, se ven maneras de expresarse de gente que supuestamente está hablando desde el evangelio, que producen verdadero hastío. Insultos, polémicas, descalificaciones, generalizaciones, agresividad y soberbia, actitudes que solo multiplican la escalada de la incomunicación y la vio-

lencia. ¿De verdad alguien se va a creer a quien desde ahí hable de Jesucristo?

A menudo también se percibe, por parte de quien quiere anunciar el evangelio, un punto de profunda desconfianza o rechazo del mundo para el que dicho evangelio quiere ser buena noticia. Entonces abunda la crítica amarga, la generalización sobre lo decadente que es todo, ya sea la juventud, la música, la economía, los políticos, o la parte de la Iglesia que a uno no le gusta. Creo que no se puede evangelizar lo que se detesta. Porque en ese caso uno no quiere llevar buenas noticias, sino conquistar.

b) El Evangelio sin profundidad no es Evangelio

Jesús pasó por el mundo aprendiendo y enseñando a mirar en lo profundo. No ha de engañarnos la sencillez de las parábolas, o lo cotidiano de los elementos con los que construye su discurso: un grano de mostaza, una oveja o un banquete. Porque esa sencillez sin embargo lleva detrás un conocimiento real del ser humano, de la religión judía y de las dinámicas sociales de su mundo. Una sabiduría gestada probablemente en la curiosidad, la observación y la reflexión. Para llevar la buena noticia a un mundo como el nuestro, hay que dedicar tiempo, esfuerzo y vida a conocer dicho mundo.

Los caminos hacia la profundidad pueden ser muchos. Me gustaría entresacar al menos tres.

Uno, la búsqueda intelectual. Hacen falta hoy en día verdaderos intelectuales, pensadores cristianos, gente que trate de saber de ciencia, de teología, de cultura, de pedagogía, o de cualquier campo en el que se perciba una necesidad. Pero dicho compromiso intelectual es exigente, y requiere tiempo, soledad y esfuerzo (además de medios).

El segundo camino sería el de la vida espiritual; es decir, el cultivo de una interioridad habitada. La vida espiritual no son solo unas prácticas de cumplimiento, medidas en horas y apuntadas en la tabla de tareas cumplidas. Es la búsqueda, real, de que el evangelio se convierta en la música de dentro, la disposición para que su palabra despierte los resortes interiores y desatasque los bloqueos. Es la pregunta honesta y desnuda por Dios. Y es, en fin, la disposición para aprender a leer la realidad que nos rodea con categorías creyentes interiorizadas.

Por último, el tercer camino hacia la profundidad sería la intemperie. La intemperie es el espacio donde arriesgas y te haces vulnerable. Una dinámica profundamente humana es la de ir construyendo la vida en torno a seguridades. Te vas haciendo mayor, te vas instalando en algunas certidumbres y en dinámicas más o menos familiares, vas aprendiendo a

controlar las cosas. Sin embargo, adentrarte en espacios donde pierdes ese poder y esa tranquilidad te desinstala. Intemperie es, para muchos, el contacto con los infiernos de este mundo, con las personas más vulnerables, con los enfermos, con el dolor, con lo inexplicable... Es en la tormenta donde a veces podemos encontrar más respuestas.

Demasiado a menudo lo que vemos son barnices de evangelio. Opiniones sin fundamento. Afirmaciones sin profundidad. Funcionarios de la evangelización.

Sin embargo, demasiado a menudo lo que vemos son barnices de evangelio. Opiniones sin fundamento. Afirmaciones sin profundidad. Funcionarios de la evangelización, que poco a poco vamos convirtiendo la pasión en rutina y la vocación en trabajo. Demasiados especialistas sin tormenta. Demasiadas veces no hay esfuerzo por aprender, por comprender, por razonar, por interpretar, por dotarnos de herramientas que de verdad nos permitan entender y transformar este mundo.

c) El Evangelio sin compromiso no es Evangelio

234

El evangelio, cuando se vive, te envuelve, te atrapa y te compromete. Te cambia la vida, porque la llena de posibilidades y de urgencias. Te vincula a los otros, desde el sentimiento de comunidad, y desde el deber de la justicia. El evangelio te compromete en muchas dimensiones de la vida. Te urge a relacionarte desde la misericordia y no desde el odio o la intransigencia. Te llama a amar desde un amor generoso, no negociador ni posesivo. Te enfrenta, una y otra vez, con la necesidad de compartir (tu tiempo, tus talentos y tus bienes) con quien nada tiene o puede necesitarte. Influye en la manera en que vives, en que amas, en que celebras, en que gastas, en que consumes, en que discutes o en que abrazas.

Si tu vida no cambia en absoluto porque el evangelio está en ella, ¿no puede ser que el evangelio en realidad, no esté en ella? Y ahí tenemos, de nuevo, una pregunta que hay que hacerse a la hora de ver si es posible evangelizar. ¿Qué compromisos concretos te han llevado a abrazar el evangelio?

Valga esta sección para poner de manifiesto una cuestión que creo que es esencial. Para evangelizar no hay otro camino que el de ser testigo de lo que uno cree. Y el testimonio se puede dar de manera explícita (de hecho, muchas veces habrá que hacerlo explícito), pero otras muchas veces se está dando con la manera en que amamos (o no), profundizamos (o no) y nos comprometemos (o no).

El anuncio implícito

Lo implícito es nuestra vida. Hablamos de lo que creemos no solo con nuestra palabra, sino también –y quizás más– con nuestros gestos, nuestro cuerpo, nuestros silencios, lo que otros ven. Hablamos con la vida que llevamos. Con la manera en que trabajamos, descansamos, gastamos, celebramos, perdemos el tiempo, lo aprovechamos... Quizás hoy en día, en una sociedad como la nuestra, lo que pueda resultar más interrogante para muchas personas no serán nuestras propuestas, cursos, charlas, talleres, invitaciones a formarse, comunicación en las redes, etc. sino nuestra manera de ser y vivir.

En ese sentido, quizás el mayor reto que tenemos hoy es hacer visible lo invisible. Porque, por una mezcla de pudor, vergüenza o desinterés mediático, es llamativo el oscurecimiento, en nuestra sociedad, de la dimensión religiosa en la vida de las personas, que queda siempre reservada al ámbito íntimo. ¿Siempre? En realidad no. Es frecuente que cuando algún personaje público resulta ser culpable de alguna conducta impropia, si resulta ser alguien creyente inmediatamente buena parte del ruido de redes sociales y prensa incidirá en dicho aspecto: “Es una mujer de misa diaria”, decían con cierto retintín los medios de comunicación acerca de Marta Ferrusola con motivo de alguna de las diligencias emprendidas para investigar la fortuna de los Pujol. En cambio, no hay el mismo entusiasmo en mostrar la convicción o el compromiso religioso en personajes de conducta ejemplar.

No pretendo aquí derivar hacia un comentario sobre las dinámicas de los medios de comunicación ni un análisis de casos, aunque habría muchos. Pero sí quisiera incidir en cómo nuestra vida puede ser (o no) testimonio de nuestra fe.

Hay un camino sencillo, pero necesario y real, que es visibilizar más fe y vida. Hacerla más transparente, y más concreta. La discusión sobre los signos visibles de la fe a veces se reduce a la conveniencia o no de utilizar ropajes o hábitos religiosos, en el caso del clero o los consagrados, o sobre si hay que llevar o no símbolos visibles que permitan ubicar la fe de las personas. Sin negar la conveniencia de una reflexión en profundidad y libre de prejuicios sobre estas cuestiones, creo que la cuestión de la visibilidad de la fe es aún más honda y anterior.

Probablemente hubo una época en que lo religioso era, en muchas sociedades –seguramente en la española lo fue–, opresivo, omnipresente e impuesto. En ese sentido, los cambios de la segunda mitad del siglo XX, a partir del Concilio Vaticano II, fueron vistos como liberación, tanto por los creyentes, que respiraban una manera nueva de expresarse, como por los no

El evangelio es una verdad que necesita dialogar con los conocimientos y percepciones de hombres y mujeres de un tiempo, con una cultura concreta y sus batallas.

creyentes, que dejaban de sentir que ciertos espacios estaban colonizados por la fe. Por eso, durante décadas se pudo llegar a ver como necesaria y valiosa una visibilidad distinta, que incidía mucho más en la proximidad y la cercanía que en la diferencia de los religiosos. Sin negar que eso siga teniendo validez hoy (pues toda diferenciación que lo que busque es marcar distancia creo que está dando un mensaje equivocado), hoy hay que recuperar de algún modo los espacios, palabras y ámbitos visibles para la fe. Sin pretender con ello ni colonizar, ni imponer ni sobresalir. Es, tan solo, que necesitamos recordar a este mundo que sigue habiendo muchas personas, personas normales, para quienes la fe forma parte de sus días, de su manera de afrontar los problemas, de sus perspectivas para tomar decisiones, etc.

El anuncio explícito

236

Pero, además de dejar ver con nuestra manera de vivir y no ocultar aquello en lo que creemos, también se hace imprescindible hoy el anuncio explícito. Volvamos al inicio de nuestra reflexión: ¿hay modos, formatos, y maneras que puedan ayudar más hoy a la evangelización? Sin duda hay distintos escenarios.

Me gustaría incidir en tres imágenes del evangelizador. La primera es el traductor. La segunda es el samaritano. La tercera es el amigo. Y en las tres, voy a acudir a Ignacio de Loyola como referencia.

1. Traductores

La traducción del evangelio a las categorías de cada época es imprescindible. Al menos si se quiere un evangelio interiorizado por las personas. Si tan solo se busca una adscripción ciega y acrítica a un grupo, entonces se puede prescindir de la traducción y dar, en su lugar, ritos y consignas claras. En ese caso el practicante no lo es por comprensión, sino por seducción. Pero no es ese el modo que más ayude a las personas a crecer en libertad y profundidad.

El evangelio es una verdad que creemos válida para todas las épocas. Pero a la vez es una verdad que necesita dialogar con los conocimientos y percepciones de hombres y mujeres de un tiempo, con una cultura concreta y sus batallas. Cuando uno ve el enorme esfuerzo de Ignacio de Loyola

en el libro de los Ejercicios Espirituales por adaptar el evangelio a un contexto determinado, resulta fascinante intuir, a través de sus palabras, la sociedad que tan bien conoce: reinos, banderas, batallas, señores temporales y señores eternos, binarios, orgullos y ambiciones de su época, vanos enamorados, asedios a ciudades amuralladas... Es verdad que precisamente el libro de los Ejercicios tiene otros muchos elementos que son más universales por cómo hablan del ser humano, y de elementos antropológicos que hoy siguen siendo igualmente válidos (deseo, voluntad, emociones...)

Traducir quiere decir conocer el lenguaje de un medio, y lanzarse a ese medio para hablar en sus categorías. Hoy mucho de lo que tenemos que intentar es aprender a hablar en los lenguajes del mundo contemporáneo. Por poner un ejemplo: las tecnologías de la comunicación (redes sociales, aplicaciones, páginas web, contenidos digitales...) son la herramienta que más gente utiliza en muchos de nuestros contextos de evangelización. Habrá que estar en ellas. No basta publicar en Internet. Habrá que publicar para Internet y pensar bien si los contenidos se amoldan al medio –cuyas dinámicas habrá que conocer–. Pero, en el extremo opuesto, tampoco basta conocer sus dinámicas si estas no son evangélicas. Por ejemplo, en Internet se multiplican las audiencias a base de estridencia, provocación y escándalo. Pero, ¿es ese el camino para un mensaje evangélico? En Internet se progresa a base de brevedad. Pero, ¿cómo compaginar la brevedad de los mensajes digitales con la necesaria extensión de los contenidos básicos de la fe? ¿Se puede evangelizar a base de tuits? No dudo que sí, pero hay que tener criterio, estrategia y coherencia interna en lo que se publica.

Otro buen ejemplo sería la música. Hoy en día hace falta buena música cristiana. Pero esto requiere tiempo, recursos y valentía. Ahora bien, ¿es música para los ya convencidos o es música para los alejados? ¿Es para jóvenes o para ancianos? El mundo anglosajón protestante, por ejemplo, nos lleva décadas de ventaja en la evangelización a través de la música, con movimientos como el de los australianos Hillsong, que se ha convertido en un fenómeno de masas. Y mientras, ahí seguimos nosotros, enzarzados siempre en estériles y nostálgicas polémicas sobre órganos o guitarras, más propias de los años 80 y realmente alejadas de aquellos a quienes querríamos llevar la buena noticia.

Traducir es explicar. Explicar el sentido y el valor que tienen muchas prácticas, ritos, gestos y símbolos que, en estas últimas décadas, se han perdido. Y mostrar las consecuencias que tienen en la vida concreta de las personas. Hoy la gente está sedienta de sentido, de ritos y de pertenencia. Ahí hay una oportunidad. Pero también hay una responsabilidad, porque, aprovechando esa disposición, podríamos caer en promover el rito sin el senti-

do, la imagen sin la vinculación con la propia vida, la devoción sin la conversión. Nuestro mayor reto es construir los puentes entre prácticas y mundo contemporáneo, y ayudar a la gente a cruzarlos una y otra vez.

2. Samaritanos

Hoy también se evangeliza haciendo reales las bienaventuranzas. En el trabajo por el prójimo. En la mirada compasiva a un mundo roto y herido. Tratando de sanar sus heridas, apoyar a las víctimas y mostrar una nueva cara de la justicia. Se evangeliza ofreciendo el agua viva para la sed de las personas. La solidaridad no es patrimonio de la Iglesia, pero es uno de sus tesoros y de sus rostros más reconocibles y necesarios. Cada vez más, hay que devolver al primer plano el valor de lo que hacemos.

Cuando San Ignacio estaba formando a sus compañeros, tras las aulas los mandaba a los hospitales (que en su contexto eran asilos para moribundos, lugares tenebrosos y bastante difíciles). Había que compaginar letras con realidad, ideas con las vidas golpeadas de muchos de sus contemporáneos, para no quedarse en teorías. La experiencia de sus primeros compañeros en los hospitales en Venecia, y sus obras de caridad en Roma en los primeros años de la naciente Compañía, los hicieron mucho más creíbles y apreciados que si se hubieran limitado a escribir grandes tratados sobre la reforma de la Iglesia.

No entendamos que, al hablar de Iglesia samaritana, solo se está hablando de la dimensión más vinculada a cuestiones sociales y económicas. Aunque también. Se está hablando de atender a las personas en sus necesidades más hondas y reales.

En muchos contextos la labor que se hace desde instituciones de Iglesia ya no es reconocida, o cuesta desarrollarla. Tal vez necesitamos recordar y traer a primer plano el por qué hacemos lo que hacemos. Y en ese porqué, la mirada samaritana puede ser una buena brújula. Tal vez debamos preguntarnos, una y otra vez, ¿a quién sirve esto que hacemos? Porque es posible que algunas de nuestras dificultades para ser acogidos sea que ofrecemos respuestas para las preguntas equivocadas, ofrecemos curación para otras heridas que no son las que tiene la gente, y llenamos nuestros tabloneros de convocatorias para actividades que nadie nos ha pedido y pocos necesitan, pero no nos tomamos el tiempo para mirar al lado de las cunetas, a ver qué heridas, qué desnudeces, o qué preocupaciones tienen las personas que ahí están.

Pongamos un ejemplo. ¿Por qué educamos? Depende del contexto. Donde la educación aún no es un derecho garantizado por los estados, ofre-

cer la posibilidad de educarse es, ya de por sí, una enorme ayuda. Enseñar a leer, a escribir, abrir las puertas del futuro, ya es labor admirable y básica. Por eso, en muchos lugares y contextos depauperados, la educación ya es labor del samaritano sanando a una sociedad.

Pero en otros contextos no es así. Veamos el caso de España. Aquí la educación es universal y gratuita, y está garantizada por el estado. De hecho, casi parece que sobramos, como educadores, y hay enormes debates sobre la pertinencia o no de que estemos. Entonces, el motivo para estar no puede ser garantizar la educación. Eso, por sí solo, ya no se sostiene. ¿Por qué seguir, entonces? Quizás por ofrecer la posibilidad de una educación basada en un ideario cristiano –con toda la explicitación que cada contexto permita–. Por defender la libertad de los padres para garantizar esa educación. Porque creemos que, gracias a ese ideario, podemos dar sensibilidad, solidez y apertura a la trascendencia a nuestros alumnos. Pero no basta la inercia de tener escritos en unos papeles que esos eran nuestros motivos para estar. Hoy en día tenemos que preguntarnos si estamos o no siendo samaritanos, es decir, si estamos o no respondiendo a nuestros propios motivos para estar –que era la necesidad detectada en las personas–. Y si no, tenemos que tener la valentía de empezar a tomar decisiones drásticas. A veces pienso que parte de nuestra dificultad para la evangelización es que estamos queriendo rebautizar cadáveres, mientras la vida nos está esperando en otros lugares.

3. Amigos

¿Por qué tienen tanto éxito los *Youtuber*? Porque los más jóvenes los perciben como alguien de los suyos, cercanos, amigos. En la feria del libro de Madrid este año las mayores colas eran de adolescentes –con sus padres– queriendo tener, por un instante, la oportunidad de hablar con sus ídolos de Internet. Y estos eran jóvenes como ellos, también casi adolescentes. La familiaridad, la inmediatez, la cercanía, se vuelven un grito desesperado en esta era de paradójica incomunicación. Los que triunfan en las redes son los que, hablando a miles, parece que te hablan solo a ti sentados en el sofá de su casa, que se vuelve un poco la tuya.

Jesús no fue un hombre de masas (las masas a veces –pocas– le siguieron, y otras veces desertaron). Fue, mucho más, un hombre de encuentros

Jesús no fue un hombre de masas (las masas a veces –pocas– le siguieron, y otras veces desertaron). Fue, mucho más, un hombre de encuentros personales.

personales. Los evangelios están repletos de esos momentos en los que una conversación, una comida compartida o un gesto de ternura transforma a las personas. Sus amigos pasaron años con él en el camino. Los que comenzaron la Iglesia eran una minúscula comunidad de hombres y mujeres, sin poder ni formación. Pero el encuentro personal los había cambiado.

De nuevo, los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola no son una experiencia de masas. Bien entendidos, son un proceso personal acompañado. El guía es acompañante personal, que ha de escuchar tanto como hablar, que ha de entender a quién tiene delante, que ha de comprender las dinámicas de la persona a quien está guiando. Como formador de las primeras generaciones de jesuitas, Ignacio tampoco fue un legislador que lo remitiese todo a una norma universal. Su manera fue la de quien, conociendo a las personas, trataba a cada uno de una forma diferente. He ahí el corazón de una forma diferente de relación apostólica: La amistad en el Señor

Y no se entienda esto como una amistad basada en la afinidad, el afecto y el buen rollo. Es la amistad profunda que nace del interés por el otro, por compartir con él historia y tiempo. Hoy el mayor esfuerzo para evangelizar ha de ser personal. Ha de estar dispuesto al encuentro. Ha de pasar por la conversación y la exposición. Y esto requiere tiempo. Y como somos pocos, si de verdad hace falta tiempo, lo más probable es que la evangelización de este momento sea lenta, y de pocas personas. Creo que no estamos hablando ni de mayorías ni de multitudes ni de una sociedad cristiana; más bien estamos hablando de una sociedad en la que los creyentes pueden ser una minoría, un fermento, una levadura en la masa. Pero una red trenzada en relaciones personales, en implicaciones serias y en la gestación de comunidades auténticas.

Conclusión

No hay estrategias, decía en la introducción. No hay recetas o fórmulas mágicas que vayan a funcionar en unos sitios y no en otros. No hay un camino que garantice el éxito apostólico. Por supuesto que puede haber vendedores de milagros que nos garanticen las iglesias llenas si hacemos lo que dicen. Pero la verdad es que lo que más atrae, hoy en día, son las personas creíbles, las personas creyentes creíbles, con toda su fragilidad pero también con toda su pasión compartida. Hoy, más que nunca, lo que mejor puede funcionar es la verdadera entrega de las personas. Una entrega que pasa por replantearse, una y otra vez, lo que estamos haciendo, para qué y con qué fin. Y dejarse la vida en el intento.